

"Necesitamos aprovechar la escasa tradición constructiva, y sobre todo la tradición moral"... "Respeto a una aristocracia que prácticamente no existe, abogada en gran parte por el materialismo, por la filosofía del éxito"... "Hay que constituir una nueva aristocracia de uno en uno..., porque la mayoría de los arquitectos son malos, porque las nuevas urbanizaciones resultan antihumanas, porque se destrozan nuestras viejas ciudades"... "Antiguamente el arquitecto tenía firmes puntos de apoyo." "Existían muchas cosas que eran aceptadas por la mayoría como buenas o inevitables"... "Existía, por otra parte, más dedicación, menos orgullo y una tradición viva en la que apoyarse." "Las clases elevadas tenían un concepto más claro de su misión"... "Obras de todas clases, que tenían un valor humano que se da hoy muy excepcionalmente."

Como también es excepcional el artículo de Coderch en *Domus*, del que son estos párrafos. Malo es citar frases sueltas de un trabajo, cuyo conjunto condiciona el significado de cada una de sus partes. Es una inmoralidad que suele hacerse, pero no creo que aquí lo sea, pues

estas líneas acompañan al artículo completo. Esas frases sueltas, y todo el artículo, son una llamada al orden: una llamada dolorida de un gran arquitecto ante la situación actual, y ante lo que hemos perdido. Este paraíso perdido—telón de fondo del artículo de J. A. Coderch—es la sociedad jerárquica; no es utopía, pues ya fué así en el antiguo régimen, o al menos aspiró siempre a ser así. En ella, y sólo en ella, puede darse el medio social, el "Mitte" perdido de Sedlmayr, en que el arte de la Arquitectura puede desarrollarse con normalidad, sin gritos, ni genialidades, ni ligerezas. La jerarquía de poderes, de saberes y de técnicas, dentro de la unanimidad de ideas y creencias; la unidad esencial—religiosa—de todos los seres humanos en cuanto tales, fueron rasgos típicos de aquellas Sociedades en que la Arquitectura avanzaba y progresaba libremente, acertando casi siempre. Pero hoy, después de siglo y medio de igualitarismo social, de individualismo, de culto a la máquina, de racionalismo analítico, de "ciencias positivas" consideradas como arquetipos de la actividad espiritual, de movimientos pendulares entre

libertad anárquica y opresión demagógica, y de tantas otras cosas que caracterizan nuestro tiempo, no se ve cuál pueda ser la situación del verdadero arquitecto. Puede ser un tipo llamativo que quiera competir con las artistas de cine, que invente *slogans*, que lance manifestos (según J. A. Coderch, todavía ocurre hoy esto), que haga obras sensacionales y dramáticas, etcétera. Pero también puede dedicarse sencillamente a su oficio, con la dedicación y la humildad que pide J. A. Coderch, y tampoco esta actitud resolvería nada. Porque el arquitecto no está solo, sino que vive en la sociedad y la sirve, y si ésta es la sociedad de hoy, no encontrará en ella quien se interese por una Arquitectura seria y por una actuación sencilla y modesta de los que la hacen. Cualquier grito genialoide encuentra un eco, aunque este grito resulte carísimo al cliente. Ante esto, cede hasta nuestro materialismo actual.

A pesar de todo, hay que luchar en todos los campos, como lo hace Coderch en el nuestro. Hay que repetir estas cosas sin cansarse, porque, como oí decir al malogrado Angel Ferrant en casa de Eugenio

d'Ors, "todo está ya dicho, pero nadie se entera y hay que volver a decirlo". En fin, hay que repetir también las frases finales del artícu-

lo del P. López Quintás en el número de octubre pasado de esta Revista: "El optimismo no es un mero estado de ánimo, sino toda una ac-

titud ante la vida que tenemos que lograr. El optimismo constituye, pues, una tarea. Quizá, si lo entendemos bien, nuestra única tarea."